

aquel punto, presentaba, con corta diferencia, una fuerza de ciento treinta y dos mil combatientes y quince mil caballos, sin contar el cuerpo del general Marmont situado en el Texel, el cual ascendía á veinticuatro mil hombres, y los cuatro mil de Brest destinados á navegar en la escuadra de Ganteaume.

Los ciento treinta y dos mil que debían pasar con la escuadrilla y zarpar de los cuatro puertos de Ambleusa, Wimereux, Boloña y Etaples, estaban distribuidos en seis cuerpos de ejército. La vanguardia, mandada por Lannes, y de la fuerza de catorce mil hombres, compuesta de la división de Gazán y de los famosos granaderos reunidos, acampados en Arrás, debía embarcarse en Wimereux. Aquellos diez batallones de granaderos, que por sí solos formaban un cuerpo de ocho mil hombres de la más brillante infantería del mundo, embarcados en una ligera división de peniches, estaban destinados á la gloria de ser los primeros que invadiesen la costa de Inglaterra siguiendo el irresistible impulso de Lannes y de Oudinot. Seguía á éstos el cuerpo de batalla, dividido en dos alas, derecha é izquierda, con su centro. El ala derecha, mandada por Davout, compuesta de veintiséis mil hombres, de las denodadas divisiones de Morand (1), Friant y Gudin, que más adelante se inmortalizaron en Awerstædt y en cien combates, estaba destinada á embarcarse en Ambleusa en la escuadrilla holandesa. El centro, mandado por el mariscal Soult, de la fuerza de cuarenta mil hombres, distribuido en cuatro divisiones á cuyo frente se hallaban los generales Vandamme, Suchet, Legrand y Saint Hilaire, debía embarcarse en las cuatro escuadrillas reunidas en Boloña. Por último, el ala izquierda, ó lo que es lo mismo, el campamento de Montreuil, la mandaba el intrépido Ney. Constaba de veintidós mil hombres, entraban en ella tres divisiones, y señaladamente aquella división Dupont que en breve su cubrió de gloria en Albek, en el puente de Halle y en Friedland. Este cuerpo debía encaminarse hacia Etaples en dos flotillas de la escuadrilla general. Iba á llegar á Boloña, para reunirse allí al cuerpo del centro, una división escogida de la guardia, de la fuerza de tres mil hombres y ya en la actualidad en marcha.

Finalmente, la sexta división de aquel grande ejército era la que llevaba el nombre de reserva. Tenía por jefe al príncipe Luis; comprendía los dragones y los cazadores de infantería, mandados por los generales Klein y Margarón; la caballería pesada mandada por Nansouty, y una división italiana perfectamente disciplinada, que no cedía en marcial apostura á las más rozagantes divisiones francesas. Había dicho Napoleón que quería hacer ver á los ingleses lo que desde los tiempos de César no habían visto, es decir, soldados italianos en su isla, y que se proponía á enseñar á estos mismos italianos á respetarse á sí mismos, llevándolos al combate lo mismo que pudiera llevar á soldados franceses. Aquella reserva, que ascendía á veintisiete mil hombres, situada á espalda de todos los campamentos, debía ir á ocupar la ribera cuando se hubiesen puesto en marcha los cinco primeros cuerpos del ejército; y como se suponía que protegiendo el paso una escuadra seríamos dueños del estrecho por unos cuantos días, la escua-

(1) En aquella época llevaba el nombre de división de Bissón. (N del A.)

drilla de transporte, separándose por algunas horas de la escuadrilla de guerra, debía ir á reunirse con dicha reserva y con la segunda mitad de los caballos. En efecto, de los quince mil que había, sólo ocho mil podía embarcar de una vez la escuadrilla, quedando los siete mil restantes para un segundo transporte.

De esta manera, además de los veinticuatro mil hombres de Marmont embarcados en la escuadra del Texel, y de los cuatro mil embarcados en Brest, podía Napoleón mover directamente una masa total de ciento treinta y dos mil hombres, cien mil de infantería, siete mil de caballería montada, doce mil de caballería para montar, y trece mil de artillería (2).

Este era el formidable aparato bélico con el cual esperaba Napoleón á la escuadra de Villeneuve.

Como ya dijimos, este almirante había salido de Tolón el 30 de mayo, con once navíos, dos de á ochenta, y seis fragatas. Nelson cruzaba con dirección á Barcelona. Deseoso de que se creyese que su intención era fijarse en aquellos mares, se había dirigido súbitamente hacia el Sud de la Cerdeña, con la esperanza de que, engañados los franceses por los rumores que había esparcido, procurarían evitar las costas de España, y ellos mismos se dirigirían á su encuentro. La escuadra francesa que había zarpado con viento favorable, informada de la verdad por un buque ragusano, se dirigió por entre las Baleares y Cartagena, tocó en este último punto el 7 de abril, y una calma la obligó á detenerse en él un día entero. Villeneuve invitó al almirante español Salcedo á zarpar bajo su pabellón, mas no pudiendo éste acceder por falta de instrucciones, continuó su viaje con viento favorable y se presentó el 9 de abril á la entrada del estrecho. Aquel mismo día, al promediar la jornada, estaba ya dentro del paso, formando en dos columnas, con sus fragatas á la vanguardia, haciendo el zafarrancho de combate en todas sus naves, y dispuesto á combatir. La escuadra francesa había sido reconocida desde Gibraltar y se echaron á vuelo las campanas, disparando el cañón de alarma, por no haber en el puerto más que una pequeña división. Villeneuve se presentó aquella misma noche á vista de Cádiz. Advertido por sus señales, el capitán del *Aguila* se apresuró á salir de la rada, y el denodado Gravina, que nada había omitido para hallarse dispuesto, se apresuró á llevar el ancla para reunirse con el almirante francés. Pero en Cádiz había muchas cosas retrasadas: los veinticinco mil españoles que debían trasladarse á las islas ni siquiera estaban embarcados; los víveres acababan de meterse á bordo. Por lo menos hubiera necesitado el almirante Gravina cuarenta y ocho horas más para que todo se hiciese como era debido; pero Villeneuve estaba impaciente, y dijo que no se detendría si inmediatamente no se reunía la escuadra española; porque, aunque algo recobrado del susto de su primera salida, la imagen de Nelson le perseguía sin darle reposo, figurándose tenerle siempre á los alcances.

(2) He sacado todos estos números del mismo cuaderno que el emperador llevaba consigo. Este cuaderno existe en el depósito del Louvre, y sólo en él se encuentran los verdaderos estados del ejército del Océano, los cuales no se hallan ni en el depósito de la Guerra ni en el de Marina; así que casi todos los números relativos á la composición del ejército, que publican las obras militares, son enteramente inexactos. (N del A.)

Gravina, que favorecía lealmente los proyectos de Napoleón, hizo su embarco precipitadamente, con intención de concluir sus arreglos en la mar, y salió de Cádiz durante la noche. Tan rápida fué aquella salida, que hubo nave que sufrió una varada.

Hacia las dos de la madrugada, Villeneuve, que se había mantenido hasta entonces sobre una sola ancla, aprovechando el viento, tomó su derrota con dirección al Oeste. Hallábase el día 11 en el alto Océano, habiendo logrado esquivar la formidable vigilancia de los ingleses. En los días 11 y 12 esperó á las naves españolas; pero sólo dos se presentaron, y no queriendo perder más tiempo, hizo velas confiando en que el resto se le reuniría más adelante, ó bien en su derrota, ó en la misma Martinica; pues á cada comandante se le había señalado este punto de reunión. Sin embargo, sólo Villeneuve sabía el verdadero destino de la escuadra.

Villeneuve hubiera debido tranquilizarse completamente y recobrar alguna confianza más en sí mismo, después de haber superado las mayores dificultades de la navegación, dejando á Tolón, atravesando el estrecho, y reuniéndose con los españoles sin el menor contratiempo. Pero el aspecto de sus tripulaciones le llenaba de pesadumbre; veíalas muy inferiores á las inglesas, y á lo que habían sido las mismas francesas en tiempo de la guerra de América, sin considerar que no podían ser de otra manera en su primera salida del puerto. No sólo se quejaba del personal; estaba también descontento del material de su escuadra. Tres de sus navíos, el *Formidable*, el *Intrépido*, y sobre todo el *Atlas*, navegaban mediana y aun malamente; otro nuevo, el *Plutón*, llevaba un herraje tan malo que continuamente se estaba rompiendo, y al almirante Villeneuve le causaba todo aquello un disgusto profundo que influía visiblemente en sus alientos. El edecán del emperador, Lauristón, hacía todos los esfuerzos posibles por reanimarle; pero no lo conseguía. Tenía por otra parte excelentes capitanes, que compensaban en cierto modo la inexperiencia de las tripulaciones y la pobreza del armamento; pero Villeneuve sólo se consolaba al ver el estado de las naves españolas inferiores con mucho á las suyas. La navegación, sin embargo, aunque entorpecida por causa de tres navíos, lo cual no debe causar maravilla cuando se navega en escuadra, parecía feliz, y continuaba sin ningún contratiempo.

Nelson buscó en un principio equivocadamente á la escuadra francesa hacia el Sud y el Este del Mediterráneo. Supo el día 16 de abril que se adelantaba hacia el estrecho, los vientos del Oeste le tuvieron detenido hasta el 30, el 10 de mayo fondeó en la bahía de Lagos, y, después de haber destacado uno de sus navíos para escoltar un convoy, demoró el engolfarse en el Océano hasta el día siguiente, para dar la vela con dirección á las Antillas, adonde suponía que se encaminaba nuestra escuadra.

Villeneuve entonces estaba ya muy próximo al término de su viaje, pues arribó el día 14 de mayo á la Martinica después de seis semanas de navegación. Al llegar allí tuvo la satisfacción de encontrar á los cuatro navíos españoles separados de la escuadra, que llegaron casi al mismo tiempo que él. La ventaja era grande, y hubiera debido confiar algo más en una estrella que hasta entonces sólo le había guiado por caminos favorables.

Esta travesía fué de grande utilidad, pues hizo á las tripulaciones experimentadas, y como el tiempo había sido favorable, se había aprovechado en mejorar los aparejos. En la actualidad, escribía al emperador el general Lauristón, *valemos una tercera parte más que cuando salimos á la mar* (1). Una escuadra ejercitada y diestra en la maniobra nada gana con recorrer doce ó quince mil leguas más; pero la que nunca ha navegado puede adquirir su instrucción en globo, y así le sucedió á la nuestra.

El almirante Villeneuve, espantado de su responsabilidad, no tenía calma para apreciar ninguna de las ventajas que habíamos logrado, y tantos defectos encontraba en nuestros marinos, que las mejoras conseguidas durante la navegación no compensaban en su juicio lo mucho que les faltaba. Como todo hombre desalentado, incurría en el defecto de exagerar el mérito del enemigo, rebajando el de sus soldados. Decía que él por su parte no se arriesgaría á combatir con veinte navíos franceses ó españoles contra catorce navíos ingleses. Afortunadamente, tanto éstos como los marinos, dotados de excelentes disposiciones, conocían menos que su jefe la insuficiencia de sus medios, y, llenos de confianza en su propio armamento, deseaban con vehemencia el encuentro del enemigo. El general Lauristón, destinado por el emperador al lado de Villeneuve para sostenerle y aguijonearle, cumplía su deber con un celo continuo, y sin embargo sólo contribuía á entristecerle y á exasperarle cuando le contradecía. Gravina, juicioso, moderado y siempre enérgico, juzgaba lo mismo que Villeneuve de la calidad de sus naves, y lo mismo que Lauristón sobre la necesidad de sacrificarse; y por coadyuvar á los designios de Napoleón, estaba resuelto á morir dondequiera que fuese.

Una vez libre la escuadra de los azares de la travesía, había que esperar cuarenta días en la Martinica la llegada de Ganteaume, cuya detención forzosa en Brest, de resultas de un equinoccio de completa calma, se ignoraba aún. Así, pues, Villeneuve que había llegado el 14 de mayo á aquellas playas, tenía que permanecer en ellas hasta el 23 de junio, y no encontraba consuelo al pensar que aquel tiempo era más que sobrado para que le pudiera alcanzar Nelson, y bloquearle en la Martinica, ó batirle si intentaba salir á la mar.

Tenía orden de esperar á Ganteaume, lo cual suponía una especie de inacción; y, como á todo hombre disgustado, nada le era más violento que no poderse mover. Quejábase de que no se le dejase ir á asolar las islas inglesas, lo que fácilmente hubiera ejecutado con una fuerza de veinte navíos. Para no estar ocioso, resolvió apoderarse del fuerte del Diamante, frontero á la Martinica, que el almirante Missiessy, con gran pesar

(1) «Todos nuestros buques se hallan en buen estado, y en mi concepto mucho mejor que cuando salimos de Tolón. El tiempo nos ha sido favorable para ir tesando los aparejos según era menester; á pesar de esto, las cadenas de los obenques, y por lo general todos los herrajes del *Plutón* y del *Hermione* han salido de tan mala calidad, lo mismo que todos los cordajes, los palos de arboladura y las vergas, que muchos de estos objetos se nos han roto. Ahora ya todo está en su asiento y compuesto; los marinos han adelantado mucho; se advierte ya una diferencia palpable en la maniobra: en la actualidad valemos una tercera parte más que cuando salimos á la mar.» (Carta del general Lauristón al emperador.) (N. del A.)

de Napoleón, había descuidado tomar. Le cañoneó con diversas naves, y luego lo asaltó con unos cuantos centenares de hombres desembarcados en chalupas. Hubiera deseado completar la ocupación de la Dominica con la toma del morne de Cadry, que el almirante Missiessy había también descuidado; pero esta posición, casi inaccesible por la naturaleza y por el arte, exigía un asedio en regla que no hubo osadía bastante para emprender. Envió Villeneuve sus fragatas, que eran excelentes y muy veleras, á cruzar las Antillas, para hacer presas y proporcionarle nuevas de las escuadras inglesas.

Se habían llevado tropas; también Missiessy las había llevado; cerca de doce mil hombres se hallaban reunidos en las Antillas francesas. Con semejante fuerza bien se hubieran podido ejecutar importantes operaciones; pero no se determinó Villeneuve por no dejar descubierto á Ganteaume. Por lo demás, las islas francesas se hallaban en el mejor estado, provistas de soldados y de municiones, abundantemente abastecidas de víveres, merced á los corsarios, y además animadas de excelente espíritu.

Entretanto, para no exponer á sus tripulaciones á las enfermedades que empezaban á padecer estacionadas en aquellas regiones, y también para precaver las deserciones, á que los españoles eran muy propensos, se resolvió hacer una tentativa contra la Barbada, donde tenían los ingleses muy importantes establecimientos militares. En efecto, allí era donde estaban todos los depósitos de sus tropas coloniales. El general Lauristón había llevado consigo una buena división de cinco mil hombres, organizada y equipada con el mayor esmero, y fué destinada á aquella operación. Concibió dicho general el proyecto de pasar por la Guadalupe para tomar allí un batallón más, pues se suponía que en la Barbada había unos diez mil hombres, entre milicia y tropa de línea. Decidieron pues á partir el día 4 de junio; pero aquel mismo día llegó el contraalmirante Magón con los dos navíos de Rochefort que Napoleón había enviado para dar la primera noticia del cambio verificado en sus proyectos. Magón llevaba el encargo de decir que no habiendo podido Ganteaume zarpar del puerto de Brest, era necesario acorrerle para que se le levantase el bloqueo, y también á la escuadra del Ferrol, y, después de haberse reunido con las escuadras que se hallaban surtas en aquellos puertos, trasladarse en masa al canal de la Mancha. No obstante, llevaba también la orden de esperar hasta el día 21 de junio, porque hasta el 21 de mayo era posible que Ganteaume hubiese salido de Brest, y, suponiendo que tardase un mes en hacer la travesía desde Brest á la Martinica, sólo el 21 de junio podía saberse definitivamente si el almirante había ó no dado la vela. Había, pues, tiempo suficiente para persistir en el proyecto de la Barbada. Magón llevaba á su bordo tropas y municiones, y acompañó á la escuadra, cuya fuerza vino de este modo á aumentarse hasta veintisiete velas, entre catorce navíos franceses, seis españoles y cuatro fragatas. El 6 de junio se hallaban á vista de la Guadalupe, donde se tomó un batallón. El día 7 llegaron á la altura de Antigua; el 8, dejando atrás esta isla, que no cesó de hacer fuego, se vió salir de ella un convoy de quince velas. Eran buques mercantes cargados de géneros coloniales, que una simple corbeta llevaba en conserva; el almirante dió inmedia-

tamente la señal de darle caza, forzando vela y á quien más pudiera, sin guardar más orden que el que le asignase su marcha, y antes de acabar el día ya estaba apresado el convoy. Valía esta presa de nueve á diez millones de francos. Por algunos de los pasajeros americanos é italianos se supieron noticias de Nelson: suponíanle arribado á la Barbada, es decir, al punto mismo adonde la escuadra se dirigía. Casi todos convenían en que llevaba unos doce navíos, si bien se había reunido con el almirante Cochrane que guardaba aquellos mares. Esta noticia hizo extraordinaria impresión en el ánimo del almirante Villeneuve, el cual se representó al punto á Nelson con catorce ó diez y seis, y aun tal vez diez y ocho navíos, es decir, con una fuerza casi igual á la suya, pronto á caer sobre él y á batirle; y así adoptó instantáneamente la medida de regresar á Europa. Lauristón, por el contrario, fundándose en la relación de los prisioneros, los cuales sólo daban dos navíos á Cochrane, de modo que Nelson solo vendría á juntar unos catorce navíos á lo sumo, sostenía que con los veinte nuestros podíamos entrar en batalla ventajosamente, y que después de habernos desembarazado de su perseguiimiento con un combate, podríamos con más seguridad llenar nuestro cometido. No era Villeneuve de esta opinión, y se empeñó en tomar el rumbo hacia Europa. Tanto le urgía huir del inglés, que ni siquiera permitió volver á tocar en las Antillas francesas para restituirles las tropas que había sacado. Para hacerlo así hubiera sido menester navegar con el viento que suele soplar de Este á Oeste en toda la longitud de las Antillas, y como la posición que ocupaban en la actualidad era la de Antigua, bastante al Oeste de la Martinica, se hubieran perdido quizá diez días, exponiéndose además á un encuentro con los ingleses. Decidióse por lo tanto á elegir las cuatro fragatas mejores, á depositar en ellas cuanto tropa fuese posible, y á enviarlas hacia la Martinica. Dióles orden de reunirse con la escuadra en las islas Azores; pero aun quedaban en ésta unos cinco mil hombres, carga sobremanera embarazosa. Reteniéndolos allí se privaba á las colonias de una fuerza utilísima, fuerza que era sumamente difícil enviarles desde la metrópoli; por otra parte, había que sustentarlos á todos, obligación verdaderamente enojosa por la escasez de víveres, y por no haber más agua que la estrictamente necesaria para la travesía. Por último se corría el peligro de dejar vendido á Ganteaume, porque hasta el 21 de junio no se podía saber de una manera positiva si había zarpado en Brest con rumbo á la Martinica. En realidad acertaban suponiendo que no había partido; pero no les constaba, y por consiguiente incurrián en una falta grave. A estas objeciones respondía Villeneuve que si Ganteaume había ya zarpado, tanto mejor, porque entonces ya no estaría bloqueado el puerto de Brest, y se podrían sin dificultad atravesar sus aguas para entrar en el canal de la Mancha.

Determinóse Villeneuve inmediatamente, mandó embarcar en las fragatas el mayor número de tropas posible, las envió á la Martinica, y en cuanto al convoy apresado, no queriendo perderlo, ni que le fuese embarazoso, dispuso que le escoltase otra fragata hasta una de las islas francesas. El día 10 de junio tomó el rumbo hacia Europa. Su determinación, aunque en rigor reprensible, no hubiera sido en realidad mala si hubiese

regresado á la Martinica para dejar en ella su gente, proveerse de agua y de víveres, y recoger noticias de Europa.

Nelson, á quien tanto temía, había arribado á la Barbada en los primeros días de junio, después de una navegación maravillosa por su rapidez, marchando sin temor con nueve navíos solamente. Suponiendo que los franceses iban á reconquistar la Trinidad por cuenta de los españoles, había tomado á bordo dos mil hombres en la Barbada, se había llevado los dos navíos del almirante Cochrane, y sin detenerse en punto alguno para proveerse de víveres y repararse, se hallaba el día 7 en el golfo de Paria de la isla Trinidad. Reconociendo allí su error volvió á partir, y el día 10 llegó á la Granada. Disponiase ya á remontar hacia la Barbada, á dejar allí las tropas que había tomado sin necesidad, y á regresar á Europa con once navíos. ¡Qué prodigiosa actividad! ¡qué energía! ¡qué modo tan admirable de utilizar el tiempo! He aquí una nueva prueba de que en la guerra, y en la guerra de mar más aún que en la de tierra, la calidad de las fuerzas vale siempre más que su número. Nelson, con once navíos, navegaba lleno de confianza en aquellos mismos mares donde Villeneuve temblaba de miedo con veinte navíos, á pesar de ir montados por marineros heroicos!

Navegaba Villeneuve con rumbo hacia Europa, haciendo la vela al Nordeste de una mar asaz bonancible. Llegó á las Azores el 30 de junio y encontró allí sus fragatas, que sólo habían empleado cuatro días en descargarse de las tropas que conducían, y que no habían tenido encuentro con los ingleses, lo que probaba que Villeneuve hubiera podido hacer otro tanto sin peligro. Las cuatro fragatas destacadas habían encontrado á la quinta fragata, que escoltaba el convoy apresado y que se veía en los mayores apuros para conducirlo, por lo cual se decidieron á incendiarlo, ocasionando con esto una pérdida de diez millones de francos. Hallábanse pues reunidos todos en las Azores, y volvían á emprender su navegación con los veinte navíos y las siete fragatas, con rumbo hacia las costas españolas. La pérdida del convoy fué resarcida con otra presa de valía, cual fué la de un galeón procedente de Lima, cargado con unos siete ú ocho millones de pesos fuertes, y que quitaron á un corsario inglés que le había apresado; este recurso fué precioso para lo sucesivo, porque, sin el menor indicio en la atmósfera, en los primeros días de julio, y cuando ya no faltaban más que unas sesenta leguas para llegar al cabo Finisterre, el viento cambió de repente, y soplando del Nordeste vino á sernos de todo punto contrario. Empezó la escuadra á bordear para ganar tiempo sin ceder á su empuje; pero arreció tanto, y llegó á hacerse tan violento, que muchos buques se averiaron, y aun algunos perdieron sus palos de cofa. Los dos navíos que habían salido con Magón de Rochefort iban contagiados con las fiebres del Charente, y estaban atestados de enfermos; las tropas que habían hecho el viaje de Europa á América, y que ahora regresaban á Europa sin haber apenas tocado tierra, padecían todo género de dolencias; apoderóse de toda la escuadra la tristeza; diez y ocho días de vientos contrarios pusieron el colmo á su abatimiento, y contribuyeron á desalentar al almirante Villeneuve más aún de lo que estaba. Quería éste dirigirse á Cádiz, es decir, al punto

opuesto al en que le esperaba Napoleón, y adonde le llamaban sus instrucciones; pero el general Lauristón se opuso con todas sus fuerzas y consiguió vencerle. Cambió el viento hacia el 20 de julio, y la escuadra siguió nuevamente su derrota hacia el Ferrol.

El mal temporal había causado dos grandes contradicciones: fué la primera el desaliento de la escuadra y de su jefe; la segunda fué el haber proporcionado noticias de su rumbo al almirantazgo inglés. Había hecho Nelson que le precediera el bergantín *Curioso* para llevar á Inglaterra el plan de su marcha; este bergantín llegó á divisar á la escuadra francesa y forzando velas llegó á Portsmouth el 7 de julio. Al día siguiente ya estaban los despachos en poder del almirantazgo. Ignorando aún el objeto que llevaba la escuadra francesa, pero sospechando tal vez fuera su intención hacer levantar el bloqueo del Ferrol, mandó el almirantazgo al almirante Sterling, destacado del bloqueo de Brest para observar á Rochefort, que fuese con cinco navíos á reunirse con Calder, que cruzaba por las cercanías del cabo Finisterre. El mucho tiempo transcurrido desde que Napoleón proyectaba su gran combinación naval, las diversas salidas últimamente intentadas, la partida de Villeneuve, su rumbo hacia Cádiz, su reunión con Gravina, su regreso á Europa, donde dos escuadras que hacía mucho tiempo estaban en partencia, una en Brest y otra en el Ferrol, parecían esperar una fuerza suficiente para libertarlas del bloqueo; todas estas circunstancias, en fin, habían conducido gradualmente á los ingleses á entrever, vagamente por lo menos, una parte de los proyectos de Napoleón. No creían precisamente que se tratase de una reunión de escuadras en la Mancha; pero querían evitar la liberación del Ferrol y de Brest, que les parecía probable; por lo cual destinaron hasta veinticuatro navíos á la escuadra de Cornwallis que bloqueaba á Brest, destacando cinco á vista de Rochefort y diez á la escuadra del Ferrol. Esta última iba á reunirse en breve catorce ó quince navíos después que se le reuniese la división de Rochefort. En todo proyecto que exige el secreto, cualquier retraso es pernicioso, porque se da al enemigo tiempo de pensar, y aún á veces de adivinar á fuerza de discurrir, y también muy á menudo se le permite reunir indicios que acaban por instruirle de todo.

Marchando en tres columnas, remontaba Villeneuve el 22 de julio hacia el Ferrol, es decir, hacia el Nordeste, impelido por un viento propicio de Noroeste que le batía de costado. Hacia la mitad del día divisó veintiuna velas, entre las cuales iban quince navíos: era la escuadra inglesa del almirante Calder, que se adelantaba en sentido contrario y se dirigía á su encuentro para cortar el camino del Ferrol. Hallábanse las escuadras á unas cuarenta leguas de ese puerto.

Era indudable que iba á trabarse un combate. Villeneuve no trataba de evitarlo, porque lo que temía era la responsabilidad y no el peligro; pero atormentado siempre por su desconfianza, perdió un tiempo precioso en presentarse en batalla, y á pesar de que el general Lauristón, que sin cesar le aguijoneaba, le estuvo instando desde las once de la mañana para que diese las órdenes necesarias al efecto, sólo mandó formarse en batalla á la una de la tarde, con lo que se perdió la mejor parte del día, teniéndolo que sentir después. Las naves de las